

Ese fanatismo que asfixia

Pablo Fernández de Córdoba

Haasnoot no es un escritor muy conocido, pero tiene una prosa clara y eficaz. Nació en Estados Unidos, en 1961, su familia se mudó a la población costera de Zeewijk, en Holanda. A los 17 abandonó la casa de su familia y regresó a Estados Unidos. Ha publicado cuatro novelas además de Mar de delirio, que recibió el Premio de los Embajadores del año 2000, fue adaptada al teatro en Alemania y es la única traducida al español. En todas ellas hay un factor común y es que tiene preferencia por las historias de miedo.

Del puerto de IJmuiden, en el norte de Holanda, zarpa un barco pesquero llamado Noordster, estrella del norte. A bordo van el patrón, el segundo de a bordo, un cocinero, ocho marineros y dos mozos de cubierta¹. Sus edades varían entre los trece años de los mozos y los cuarenta y tres del cocinero. Todos son de un pequeño pueblo llamado Zeewijk, donde la mayoría de los hombres son, como ellos, pescadores de arenques. Es un martes de agosto de 1915, el cielo está nublado y sopla un viento favorable del este-nordeste.

El año anterior había estallado la guerra en Europa. Para la población de Zeewijk, en su mayoría temerosos de Dios, era un síntoma más de la proxi-

¹ ROBERT HASSNOOT, *Mar de delirio*, Lengua de Trapo, Madrid, 2008.

midad del fin del mundo. Desde un punto de vista más práctico el conflicto bélico supuso que durante un tiempo los barcos no se atrevieran a salir a pescar, puesto que todos estaban al tanto de que un lugre de vela

Arend Falkenier, de veintisiete años, era alto, corpulento, calvo y tenebroso; trabajaba con entrega y era respetado por todos porque, además de su capacidad en el desempeño de las tareas de a bordo, se sabía que tenía ciertos poderes que no eran de este mundo; era capaz de leer el pensamiento de otras personas, de hacer que un cenicero pesara tanto como para que un hombre de complexión normal no pudiera levantarlo

cargado con catorce marineros había tocado una mina y había saltado por los aires. Sin embargo, en Zeewijk había pocas más opciones de trabajo y la inactividad y la escasez fue sembrando de coraje a capitanes y marineros, de modo que el Noordster, como muchos otros, ya había vencido su miedo y era ya la segunda expedi-

ción a la que se aventuraba en el año de 1915.

La mayoría de la tripulación se conocía de viajes anteriores. Siete de ellos habían viajado juntos desde la misma botadura del Noordster, en la primavera de 1911. El patrón, Jaap Kromhout, pertenecía a una estirpe de patronos y timoneles, hombres que por la dirección del viento y la posición de las estrellas eran capaces de orientarse y localizar los mejores caladeros de pescado.

Entre el resto de los hombres solo destacaba uno de ellos, Arend Falkenier, de veintisiete años. Era alto, corpulento, calvo y tenebroso. Probablemente el más fuerte de los marineros del Noordster. Trabajaba con entrega y era respetado por todos porque además de su capacidad en el desempeño de las tareas de a bordo, se sabía que tenía ciertos poderes que no eran de este mundo. Era capaz, por ejemplo, de leer el pensamiento de otras personas; era capaz de hacer que un cenicero pesara tanto como para que un hombre de complexión normal no pudiera levantarlo. Era capaz en pleno temporal de sostener un cabo suelto de una vela con una sola mano y sin hacer gesto alguno de esfuerzo. Y ante estas manifestaciones de extraordinario poder no daba más explicación que una leve sonrisa. Por lo demás, llevaba una vida normal y por lo general discreta: había nacido y crecido en el pueblo y había pasado

Ese fanatismo que asfixia

unos años juveniles alocados, pero ahora estaba casado, tenía cinco hijos, acudía a la iglesia y últimamente incluso asistía a las reuniones de un grupo de oración. La fe que profesaba él, como todo Zeewijk, era la religión puritana reformista.

En sus últimos viajes en barco Arend había abandonado la discreción con que habitualmente se comportaba y se había soltado a hablar, ganando protagonismo entre sus compañeros. Hablaba, sobre todo, de religión y de su vida espiritual. Conminaba a sus camaradas de barco a buscar la salvación de su alma, a luchar contra las tentaciones del diablo y a confiar en la gracia de Dios. El Juicio Final se acercaba y todos debían estar preparados. Les recitaba pasajes del Nuevo Testamento, les planteaba interrogantes morales y dirigía las conversaciones durante la faena hacia temas espirituales.

Hablaba desde la autoridad que le daba saberse uno de los elegidos o, al menos, eso es lo que empezaba a comprender después de sus últimas reuniones del grupo de oración, de algunos sueños y de otras experiencias que había sentido de la presencia de Dios en su alma. Ser un elegido de Dios era el objetivo último de su religión, estar entre el grupo de fieles que se salvarían después del Juicio Final. Esa autoridad espiritual se manifestaba en una elocuencia hipnótica. Sus compañeros del Noordster le

prestaban cada vez más atención, las conversaciones sobre temas espirituales afloraban por sí mismas en cualquier momento y los cantos marineros se cambiaban a veces por el recitado de salmos religiosos. Incluso aquellos que anteriormente no habían manifestado interés por la religión empezaban a mostrarse recepti-

*en esta novela Robert
Haasnoot cuenta una historia
de delirio religioso,
en la novela se refleja una
religiosidad asfixiante
que se acerca al fanatismo,
la novela es a veces
estremecedora porque al
plantear de ese modo la
historia se prevé un final
trágico pero no se puede
medir su alcance*

vos ante la energía, la convicción y el enigmático proceder de su compañero.

Según pasaron las semanas, la influencia de Arend en alta mar sobre el resto de la tripulación fue creciendo de forma firme y nefasta, hasta llevarlos a todos a la perdición. Los supervivientes de aquel viaje y sus familias serían repudiados en Zeewijk

durante cuatro y cinco generaciones. El Noordster sería recordado como «el lugre de los locos». Todo el pueblo viviría durante años bajo la sombra de la presencia del diablo.

Solo treinta y cuatro años más tarde, el secretario del ayuntamiento de Zeewijk, aspirante a poeta que había conocido brevemente a Arend en su juventud y se había quedado fascinado por su personalidad, se toma la molestia, animado por el alcalde, de recuperar los documentos que se escribieron sobre el caso, buscar a los supervivientes del Noordster y recoger todos los testimonios necesarios para reconstruir los hechos y distinguir lo que verdaderamente ocurrió de las historias que se convirtieron en leyenda.

En esta novela Robert Haasnoot cuenta una historia de delirio religioso. La sitúa en un pueblo de Holanda, parecido al pueblo de su infancia, cuya religiosidad en aquella época era muy intensa. La religión dominante en esa región y en gran parte del país durante la primera mitad del siglo XX era la iglesia reformada holandesa. Como todas, tenía vertientes más radicales y más moderadas. En la novela se refleja una religiosidad asfixiante que se acerca al fanatismo. Muestra a personajes arrastra-

dos por la tentación de apropiarse de la fe y convertirse en sus administradores. Personajes que sufren una especie de comodidad consigo mismos que comparten con otros como ellos y que probablemente se alimente de la necesidad de sus espíritus pobres de dar un salto rápido hasta la categoría de elegido por Dios, con la tranquilidad que ese estatus puede reportar. La novela es a veces estremecedora porque al plantear de ese modo la historia se prevé un final trágico pero no se puede medir su alcance.

Haasnoot no es un escritor muy conocido, pero tiene una prosa clara y eficaz. Nació en Paterson, Nueva Jersey, Estados Unidos, en 1961, pero su familia se mudó con cinco años a la población costera de Zeewijk, en Holanda. A los 17 abandonó la casa de su familia y regresó a Estados Unidos. Ha publicado cuatro novelas además de *Mar de delirio*, que recibió el Premio de los Embajadores del año 2000, fue adaptada al teatro en Alemania y es la única traducida al español: *De kracht van het Word* (*El poder del bosque*, 1997), *Steenkind* (*El niño de piedra*, 2002), *De heugling* (*El escriba*, 2005) y *Langzame wals* (*El lento vals*, 2008). En todas ellas hay un factor común y es que tiene preferencia por las historias de miedo. ■